



Este artículo se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

This article is available in open access under the Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Cet article est disponible en libre accès sous licence Creative Commons Attribution 4.0 International Licence.

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma

Vol. 6, n.º 11, enero-junio, 2023, 263-281

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.59885/archivoVallejo.2023.v6n11.12

La función de la escritura como discurso testimonial: el Inca Garcilaso de la Vega y Miguel de Cervantes Saavedra

The function of writing as testimonial discourse: Inca Garcilaso de la Vega and Miguel de Cervantes Saavedra

La fonction de l'écriture comme discours testimonial: Inca Garcilaso de la Vega et Miguel de Cervantes Saavedra

KENT WILANDER ORÉ DE LA CRUZ

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

(Lima, Perú)

kent.ore@unmsm.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-8255-3113>



RESUMEN

El presente estudio tiene como objetivo analizar y establecer líneas comunicativas de convergencia y oposición entre la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega y Miguel de Cervantes Saavedra, en el oficio

de la escritura como discurso testimonial. Aunque estos dos escritores aparenten distintas posiciones o intereses, no puede descartarse el valor que ambos otorgan al idioma como a la cultura propiamente hispanoamericana de conocimiento y arte clásicos. Asimismo, ambos escritores pertenecen a un período histórico importante, dentro del cual y desde cada uno de sus espacios geográficos buscan dejar por escrito el ideal de un siglo (XVI-XVII), es decir, el proyecto ideológico de su tiempo, canalizado a través de sus propias creencias e ideas.

Palabras clave: escritura; testimonio; ficción; realidad.

Términos de indización: escritura; vida activa; ideología (Fuente: Tesaurus Unesco).

ABSTRACT

The present study aims to analyze and establish communicative lines of convergence and opposition between the life and work of Inca Garcilaso de la Vega and Miguel de Cervantes Saavedra, in the craft of writing as testimonial discourse. Although these two writers may appear to have different positions or interests, the value they both attach to language as to the Hispanic American culture of classical knowledge and art cannot be dismissed. Likewise, both writers belong to an important historical period, within which and from each of their geographical spaces they seek to leave in writing the ideal of a century (XVI-XVII), that is, the ideological project of their time, channeled through their own beliefs and ideas.

Key words: writing; testimony; fiction; reality.

Indexing terms: writing; working life; ideologies (Source: Unesco Thesaurus).

RÉSUMÉ

La présente étude vise à analyser et à établir des lignes de convergence et d'opposition communicatives entre la vie et l'œuvre de l'Inca Garcilaso de la Vega et de Miguel de Cervantes Saavedra, dans l'art de

l'écriture en tant que discours testimonial. Bien que ces deux écrivains puissent sembler avoir des positions ou des intérêts différents, la valeur qu'ils accordent tous deux à la langue et à la culture hispano-américaine du savoir et de l'art classiques ne peut être ignorée. De même, les deux écrivains appartiennent à une période historique importante, au sein de laquelle et depuis chacun de leurs espaces géographiques, ils cherchent à laisser par écrit l'idéal d'un siècle (XVI-XVII), c'est-à-dire le projet idéologique de leur époque, canalisé par leurs propres croyances et idées.

Mots-clés: écriture; témoignage; fiction; réalité.

Termes d'indexation: écriture; vie active; idéologie (Source: Thésaurus de l'Unesco).

Recibido: 29/03/2023

Revisado: 10/04/2023

Aceptado: 15/04/2023

Publicado en línea: 28/06/2023

Financiamiento: Autofinanciado.

Conflicto de interés: El autor declara no tener conflicto de interés.

Revisores del artículo:

Thomas Ward (Loyola University Maryland, Baltimore, Estados Unidos)

TWard@loyola.edu

<https://orcid.org/0000-0001-5595-4213>

Javier Morales Mena (Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú)

jmoralesm@unmsm.edu.pe

<https://orcid.org/0009-0007-6014-358X>

1. INTRODUCCIÓN

En indistintas épocas los hombres han pretendido encontrar el significado de las cosas, la esencia subyacente en las níveas percepciones ópticas. A respuestas no contundentes han servido efímera y líricamente las metáforas para aplacar la ira de la incertidumbre generacional (académica y natural). Pero ¿cuál es el significado de decir algo aparentemente incorrecto, o cómo desdibujar una falacia mordazmente aceptada? Obtusa respuesta por esgrimir ponderando que las

más sacras teorías científicas oscilan en la no menos tenue salmo-
diante irrealidad.

El presente estudio muestra la doble verdad de un mito bifronte o jánico, que por un lado es llamado Garcilaso de la Vega Inca, que conjuramos a la vez con las letras de un testimonio heráldico y literario de su propia vida; y, por otro, denominado Miguel de Cervantes Saavedra, insigne representante de una tradición que se inscribe en los cánones del arte de ficcionalizar la vida como derecho innato del género humano. Ambos escritores suponen una apertura al trabajo de la palabra desde sus aisladas y continentales canteras, dechadas de virtuosidad onírica y análisis reflexivo sobre el concepto de realidad que configuran sus ideas: una verdad totalizadora.

2. GÓMEZ SUÁREZ DE FIGUEROA O LA VIDA DE UN TÍMIDO SOÑADOR

¿Quién es, asimismo, el mestizo Garcilaso como personaje real y como personaje imaginario? ¿Dónde empieza su ficción y dónde termina su existencia como miembro de un grupo social exótico americano? Igualmente, ¿cómo podemos interpretar su herencia escritural a partir de su propio desgarró espiritual convertido en legado histórico? Nótese en esta parte inicial que la intención de inquirir en lugar de germinar una respuesta no está divorciada de proferir una sentencia lógica: la idea central de reconocimiento de un discurso literario que loa el testimonio de una vida plurivalente en significados.

En el principio, su nacimiento lo encierra en una esfera de temor por lo nuevo y asombro por lo desconocido, algo no común y escalofriante respecto a la cognición cultural europea. La comunidad extranjera había puesto a la inmensa sociedad americana en poca cosa menos que los animales, una realidad oprobiosa al género humano entendido, considerándola abrupta y despreciosamente como un elemento extraño al plan de salvación divina. Ergo, ¿qué podía esperarse de aquel amancebamiento entre un fiel y valiente creyente europeo y una aberrante natural emplumada? Solo un atropello contra la cadente sinfonía de la vida. Gómez Suárez de Figueroa significa en ese instante esa anatema hibridez, esa transgresión del buen credo, el

acercamiento a lo primitivo y el distanciamiento de toda razón, de toda simetría abstracta y física, conceptual y material.

Sin embargo desde otra perspectiva que no sea la ortodoxa-religiosa sobre el particular, el nacimiento de este individuo es la constitución y el establecimiento de lo propio, una identidad en sí misma, independiente, una naturaleza que no es esta ni aquella, sino algo más luminoso, distinto y superior:

En él se da la primera manifestación espléndida y precisa de lo peruano, en cuanto este término responde a la fusión de las dos corrientes: incaica y española. Pero el mestizaje de Garcilaso no es solo producto de la unión sanguínea de conquistadores y aborígenes, sino que responde al clima político y social en que vivió; a las condiciones particulares de su existencia que hacen de él flujo y reflujo de lo indígena a lo europeo. (Tamayo, 1976, pp. 209-210)

Es claro que esta concepción acerca de su propia substancia no podrá ser entendida por el niño mestizo, sino muchos años más adelante, en la ancianidad, y aunque estos, a su vez, sean solo someramente.

La sociedad de ese entonces, entrado y bien establecido el siglo XVI, no ayudará en ninguna forma a este párvulo a encontrar un lugar definido, sino, al contrario, ejercitará sus mayores talentos para obnubilar su pensamiento, distorsionar sus ideas respecto al rol que debe asumir en el escenario de una contienda territorial bélica. Porque es bien claro que si era indígena, debía estar con la clase dominada, y tal vez ser sometido a alguna actividad contraria a ese sentimiento que caracteriza a su raza; o si era aceptadamente español, personaje de la metrópoli y servidor del rey de España y la Santa Iglesia Católica, debía recibir de ellas el honor y las responsabilidades de un vencedor. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro pudo serle conferido en su papel como ciudadano, si al menos eso se le consideraba en esas tierras, ya que debía convivir con ambos, bebiendo del manantial opuesto de ambas fuentes (del victimario y de la víctima). El niño y luego adolescente

Gómez Suárez no pudo sentirse parte de ninguno, o al menos definir su condición de sujeto social. Esto sin duda engendraría en él un sentimiento de dolor y una sensación de amargura y desconsuelo.

«En Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más inka que conquistador, más quechua que español. Es, también, un caso de excepción. Y en esto residen precisamente su individualidad y su grandeza» (Mariátegui, 1995, p. 171).

Pero aquella «grandeza» puede entenderse, por qué no también, como un signo de tortura y desolación, un inclemente padecimiento espiritual: al amar a la línea materna (Isabel Chimpu Ocllo) llena de colores rupestres y reminiscencias míticas tradicionales, debe ignorar la línea padre, y al respetar a la cofradía paterna (capitán Garcilaso de la Vega y Vargas) entonada por notificaciones de nuevas capturas, ajusticiamientos y robos, debe flagelar inmisericordemente la imagen de la madre. ¿Esto acaso no produciría un gran complejo en la psicología del Inca desde su temprana juventud? Desde luego que sí, y este engendrará en la actitud de nuestro cronista lo que Porras ha calificado cortésmente como una actitud tímida y mesurada. «La característica más saltante del Inca —y en esto surge su esencia india— es la timidez» (Porras Barrenechea, 2009, p. 46).

A su vez, esta misma realidad en el alma del Inca Garcilaso (parsimonia, sosiego, racionalidad previa al hacer, armonía) ha merecido por parte de ciertos intelectuales como el propio Porras, Tamayo Vargas y Miró Quesada y Sosa creer en las formas y el ideal renacentista de Garcilaso al componer años más adelante sus monumentales obras: «Universalidad, focos de cultura, equilibrio armónico de la vida, son notas renacentistas que ubican a Garcilaso en la literatura de su tiempo» (Tamayo, 1976, p. 222).

Concerniente, entonces, a aquella confrontación que anima el vivir nostálgico y esperanzador del cronista mestizo, Gómez Suárez de Figueroa tomará, posteriormente, conciencia de una clase social a la que encuentra mejor posicionada políticamente, y en donde la obediencia lo lleva a fortalecerse en esa postura que es la del individuo occidentalizado. «Garcilaso aparece como un autor desgarrado entre

lealtades encontradas: si bien es invariante su simpatía hacia la familia materna, la herencia paterna no queda olvidada, y Garcilaso exuda orgullo de su laboriosamente adquirida formación humanista» (García-Bedoya, 2003, p. 195).

Es de lamentar que mucho se halla hablado ruinmente sobre una supuesta humillante ambición y casi marcada codicia por parte del peruano por haber tomado partido en esa contienda cultural-política que rivalizaba a la nobleza incaica y la nobleza española, e inclinarse por el bando del padre y los conquistadores (desdeñando, como es obvio, su linaje incaico), argumentando que fue él quien viajó por voluntad propia a España a reclamar una ignominiosa herencia a los pies de la corona española. Esto es falso absolutamente por tres razones. Primero, porque Gómez Suárez de Figueroa viaja a España por sugerencia del padre (muerto en 1559), quien había dejado un testamento donde confería una herencia de cuatro mil pesos para viajar a España y emprender sus estudios humanísticos (Porrás Barrenechea, 2009, p. 25).

Segundo, porque no es posible escribir una obra de la envergadura de los *Comentarios reales* sin la complicada y abigarrada técnica y los conceptos de la escritura castellana, que va más allá de la simple inscripción de un registro, y comprende toda una perspectiva gnoseológica y ontológica como discurso subalternizante¹. Y, tercero, porque de quien habla haciendo usos disímiles de los instrumentos de la escritura no es de la nostalgia española (que notablemente los representa, sin duda), sino de la melancolía que traducían los sueños derrotados de una noble casta, de una noble sociedad reducida al polvo de la tinta del registro y el inventario mercantilista.

Una vez instalado en España, el perfume de su madre, el cálido aroma de las plantas, las misteriosas historias que sus parientes (el anciano tío-abuelo Cusi Huallpa y el tío Francisco Huallpa junto a

1 Acerca de la naturaleza y la importancia de la escritura en el mundo americano como instrumento de poder, véase el libro de Martin Lienhard, *La voz y su huella* (2003, pp. 45-95).

envejecidos capitanes como Juan Pechucta y Chauca Rimachi) les narraron y la vívida imagen de las momias de sus antepasados incas (Túpac Yupanqui y Huayna Cápac) serán los acompañantes perennes en esa nueva vida de las villas andaluzas. La historia en Montilla, en la cual residenciaría por treinta largos años (interrumpidos por cortas ausencias), transcurre para Garcilaso de la Vega (así llamado ahora por recomendación de su tío Alonso de Vargas a los dos años de haber llegado), entre apadrinamientos y el cuidado emotivo de los caballos de su tío (ejercicio practicado en su tierra de antaño), entre batallas al servicio de su majestad, el rey Felipe II, y el estudio de las letras clásicas (privilegiadas entre ellas serán «Plutarco, Julio César, Boyardo y Ariosto»). Fiel a sus convicciones realiza peticiones por el honor ganado de su padre en nombre de la Corona española, pero solo encontrará el silencio de la contrariedad (en parte por confusiones de tipo bibliográfico —la crónica del Palentino— y, por otro, el de la desidia política). Decide regresar al Perú, lo aceptan en un principio, pero finalmente es denegada su petición. En este tiempo logra relacionarse con otros personajes venidos del Nuevo Mundo, especialmente de su tierra (entre soldados e hijos de algunos de ellos, y amigos de la casta indígena con algún documento o epístola oficial). Los conceptos humanistas han penetrado en su sensibilidad (la influencia de la poesía bucólica virgiliana llega a él entre los románticos versos petrarquistas de Garcilaso y Boscán). Leyendo y traduciendo *Los diálogos de amor* (1590), de León Hebreo, se perfila con mayor hondura su sentimiento nostálgico. El tiempo pasa y sabe que nunca más verá el resplandeciente sol que iluminaba su casa de Cusipata ni sufrirá plácidamente ante la gélida brisa del alba. Habló (ofreció su testimonio), luchó (fue un gran capitán), amó (tuvo un hijo natural llamado Diego de Vargas), estudió (desde muy temprano al lado de su ayo Juan de Alcobaza y de su maestro de latinidades Juan de Cuéllar), pero nada fue suficiente para reconocérsele como descendiente de una cultura hispana; solo es alguien desplazado geográfica e ideológicamente y que morirá en el olvido y en la serenidad de la vejez junto a sus recuerdos maternos. Entonces, Garcilaso, de manera súbita, advierte el imperativo de confesar una verdad, es decir, oponerse a una falsedad por culpa de inescrupulosos e ignaros cronistas (Zárate, Gómara y el Palentino) —«Los

Comentarios Reales nacieron, pues, de la lectura de estas crónicas españolas de Indias y de la Relación que ellas produjeron en el espíritu curioso y nostálgico de Garcilaso» (Porrás Barrenechea, 2009, p. 403)—; le urge desmedidamente la intención de presentar una realidad maravillosamente cierta (cobrando bríos épicos, y por tanto líricamente afectivos) que existe más allá de los confines del océano Atlántico y que requiere de un portavoz genuino y originario de esta. El Imperio de los incas entonces nacerá como una solución al anonimato y desfigurado retrato que de él se tiene, y que, a su vez, lo restituye (a Garcilaso de la Vega) de su desubicación identitaria respecto al abandono que padece bajo la sombra de ambas culturas. «Bastardo, mestizo, desarraigado, marginal, el Inca Garcilaso encontró el modo de ponerse por encima de la sociedad europea de su tiempo. Lo hizo fundiendo en su conciencia de escritor esos diversos mundos raciales y culturales» (Anderson Imbert, 1995, p. 64).

Así culmina la existencia de un hombre mestizo, para iniciar en ese mismo espacio la vida de un personaje de ficción, representada a través del derecho de primogenitura racial, por medio de la descripción de ceremonias entre la naturaleza y el hombre, y el culto por la forma, predominantes en el arte incaico de la buena comunión que reflejan una sociedad integral y armónica: «El Inca cree también en la dignidad de la fantasía. Eso sí: las ficciones deben acercarse a la verdad y apartarse de la mentira» (Anderson Imbert, 1995, p. 65).

Muchos han cuestionado la extravagancia de la cual hace uso Garcilaso para confesar la esencia del Imperio de los incas (su emular con la organización de un gran imperio como el romano al mismo estilo que Coccio Sabellico en su *Rerum venetarum ad urbe condita libri XXXIII*, publicada en 1487) en los *Comentarios reales*; sin embargo, esta voluntad por escribir acerca de su propia comunidad natural, como sujeto discursivo de un grupo social, no es discordante con sus sentimientos, ya que él no pretende escribir una «Historia» como el mismo Herodoto, sino construir un discurso que parta del sentir real de sus propios individuos a través del claro y abierto comentario, la explicación y la crítica.

La versión de Garcilaso del Incario, no es sin embargo falsa ni mendaz. Es simplemente unilateral. Oyó y contó principalmente lo favorable, lo que exaltaba la memoria del Imperio perdido y no lo que hubiera justificado su desaparición. En él hay que buscar por lo tanto, lo que él quiso darnos, los méritos y no los defectos, las excelencias y los aciertos que fueron grandes y felices en la mayor y más adelantada civilización indígena de la América del Sur. (Porrás Barrenechea, 2009, p. 36)

Las declaraciones que destilan las páginas de los *Comentarios reales* son palabras llenas de ternura y simpatía, de benevolencia y castidad. Si bien la morfología de la escritura era sólidamente extraña y fría como las armas de los conquistadores, el fondo, es decir, la semántica, irradia la cercanía y la calidez del amor fraterno y humano: Garcilaso cantó en español lo sentido en quechua (parafraseando lo que Ángel Rama decía de Rubén Darío). Allí la trascendencia —según Nicolás Wey-Gómez y José Antonio Mazzotti— de la obra del escritor inca que, logrando fundir discursivamente esas dos culturas tan disímiles, proclama el nacimiento de una nueva conciencia: «a través de su literatura, se refleja ese momento tan especial de creación de una conciencia hispanoamericana, en un momento en que Hispanoamérica aún no existía» (Padura, 2016, p. 14).

La ficción en esta composición hecha por Garcilaso toma visos insospechados, ya que este libro de comentarios acerca de las políticas organizativas de los indios y de su propia naturaleza mítica, va a depender no de la reflexión equilibrada del autor, sino de la pasión atormentada por el recuerdo de un narrador. ¿Es Garcilaso quien cuenta la historia de un mundo idílico gobernado por individuos pensantes? Creo que si bien el autor es quien redacta críticamente los distintos cuadros de la vida indígena, no es necesariamente quien los vive en la prosa que resplandece la energía del corazón. Nótese que el narrador no pierde el tiempo para decirnos en cada momento que fue él quien lo oyó, o que lo dice alguien que según él solo lo puede demostrar. El narrador en un arrebato de megalomanía no duda para ofrecer sus opiniones, o al menos suponer algún pensamiento. Por ello

ha podido alegarse, sin no pocas réplicas, la adhesión de Garcilaso al romanticismo, no tanto como escuela sino como descollante de su máximo valor que es la imaginación y la pasión:

El romanticismo de Garcilaso se prueba no sólo en sus dichos, sino también por sus ecos. Rebota en la literatura universal apenas se perfila el movimiento romántico o romanticista del siglo XVIII. Los roussonianos se sienten adictos a *La florida* y *Los Comentarios Reales*. Carecería de sentido el estudio de la historia y las letras, si no sirviera para interpretar analogías y coincidencias, a través de lo cual llama la atención un hecho que Levillier, sin quererlo subraya: la convergencia de las obras de Marmontel, Reynal y Chateaubriand en torno del núcleo garcilasesco, al menos en torno de su concepción de las civilizaciones y el carácter indígenas. (Sánchez, 1981, pp. 247-248)

Pero más allá de ello, cabe destacar que la voluntad por construir un discurso que nace del recuerdo y la pasión es sin duda una reivindicación personal como un asunto de justicia hacia una nación entera: «Proporcionaba un pasado común, pasado glorioso del cual todos se reclamaban, más allá de sus remotas afiliaciones étnicas. Estimulaba un orgullo por lo propio: la lengua quechua, la vestimenta tradicional, los usos y costumbres nativos» (García-Bedoya, 2003, p. 197).

En ese sentido, Luis E. Valcárcel consideraría a Garcilaso como un «brillante quipucamayoc» en su función de sacerdote y guía espiritual, y a los *Comentarios reales* los distinguiría como la gran «Biblia» andina.

3. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Y LA GRAN METÁFORA DE LA VIDA

Según algunos críticos, Cervantes es una figura universal que solo puede analogarse con Shakespeare por la gran fuerza de las pasiones y la creación de arquetipos universales que representan la condición humana: «Lo cervantino es tan polivalente como lo shakespeariano: nos contiene, con todas las profundas diferencias que nos distinguen de los demás» (Bloom, 2002, p. 157). Sin embargo, Cervantes no

es alguien distinto de la demás raza humana. Según Juan Valera, «Cervantes era un hombre de su nación y de su época»; por lo tanto, sobrevivía «con todas las pasiones, preocupaciones y creencias de un español de entonces» (citado por Osterc, 2005, p. 55).

Él escribió porque vivió. Desde una temprana edad tiene que soportar las penurias económicas y la anarquía familiar con todos sus vértigos. Su educación la tuvo que forjar a punta de puro esfuerzo y tesón, porque si alguna fama captó entre sus contemporáneos (entre ellos el monstruo de la naturaleza, Lope de Vega), fue enteramente por su inteligencia artística. Años más tarde se verá envuelto en los avatares de la guerra con la intención de encontrar renombre, pero la fortuna le tendrá preparados otros planes: recibirá una lesión de por vida en una mano, y se verá más tarde preso por un grupo de piratas berberiscos. En medio de la captura su familia, endeble monetariamente, deberá hacer todo esfuerzo inimaginado para poder rescatarlo, logrando al final obtener su liberación no exenta de reiteradas fugas y nuevos encierros. Por ello no es raro detectar en el pensamiento cervantino esa controlada mirada, esa impertérrita reflexión, estoica por momentos y cínica en otros.

En todas y cada una de las cosas de la realidad, las pasiones o los comportamientos humanos, Cervantes descubre el blanco y su lado negro, el negro y su sombra blanca, y toda la rueda de matices. No hay pena sin alegría, ni dicha sin dolor. No juzga jamás. Mira y acepta, llega y comprende. (Trapiello, 2005, p. 246)

Luego de sus desfavorecidas peripecias y de errabundear no solo por distintas regiones de España, sino también por Italia², intentará

2 Su repentina partida e instalación en Roma se debió a la muerte de un hombre que estaba al servicio de la Corte del rey. Este nuevo horizonte generará en el escritor en ciernes un robusto aprendizaje de las nuevas líneas culturales, artísticas y literarias del mundo antiguo. Lo colocará en la vanguardia concerniente a toda una tradición literaria que empezaba por Teócrito, seguía por Virgilio y llegaba

encontrar consuelo en un proyecto de mayor aventura como contador en la lejana América. No obstante, declinará de esta suerte al notar que sus peticiones son rechazadas. No puede encontrar entonces mejor ocupación que la de confiscador de alimentos al servicio del rey de España, quien venía a deformar más aún la débil nación a través de políticas territoriales expansivas. Conocido es que Cervantes otra vez sufrirá múltiples desavenencias, entre ellas el ser apresado por robo a su majestad, el rey.

¿Qué más podía hacer Cervantes por la vida que le tocó sufrir? No muchas alternativas tenía, pero lo que más cercano a él estaba era regresar como hijo pródigo a enristrar la pluma y a escribir su más grande logro: el *Quijote*: «Lo normal es, pues, que Cervantes llegara a viejo amargado y sin ilusiones. Pero lo excepcional es que amargo y sin ilusiones escribiera el *Quijote*, libro donoso e ilusionado por antonomasia». (Trapiello, 2005, p. 146)

Esta idea sobre lo que significa la condición alegre o triste del hombre es importante para hacer una valoración aproximativa a la obra cervantina: un mundo feliz novelesco a partir de la experiencia infeliz del autor. Pero ¿cómo sucedió esto? ¿Acaso esto lo planeó Cervantes al construir su obra? Desde luego que sí. Puede pensarse tal vez, como muchos, que Cervantes era un *escritor lego*, es decir, irresponsable de su escritura que venía solo por parte de la inspiración poética (Amorós, 2001, p. 29); sin embargo, eso sería totalmente errado, ya

hasta Petrarca. «La experiencia italiana para Cervantes fue determinante, y la nostalgia con que la recuerda en sus obras, continua. Las cuajó todas ellas, novelas cortas, largas, poesía y teatro, de referencias a Italia, a sus ciudades, a su literatura, a su historia, y si bien unas veces no dejan de ser telones de fondo convencionales o lugares comunes en el bagaje intelectual de toda persona culta, en otras ocasiones nos trae su memoria estampas de la vida de entonces pintadas con tal viveza, que nos hablan del vigor con que fueron recordadas por su autor hasta el final de sus días. Lo normal es, pues, que Cervantes llegara a viejo amargado y sin ilusiones. Pero lo excepcional es que amargo y sin ilusiones escribiera el *Quijote*, libro donoso e ilusionado por antonomasia» (Trapiello, 2005, p. 73).

que Cervantes pone en práctica una teoría de la ficción que consiste no en representar la vida con todas sus contradicciones, sino ser una representación en sí misma a partir de la cual se la pueda concebir como otra realidad. Por ello su mirada ante lo que acontece es neutral, risueña e inteligente:

Nunca, desde Cervantes hasta hoy, ha vuelto a intentarse, en Europa, una exposición de la realidad cotidiana envuelta en una alegría tan universal, tan ramificada y, al mismo tiempo, tan exenta de crítica y de problemática como la que se nos ofrece en el *Quijote*; ni acertamos tampoco a imaginarnos dónde ni cuándo habría podido acometerse de nuevo la empresa. (Auerbach, 2011, p. 339)

Él quiere no ser juez en la vida de los seres humanos (que para eso está Dios), sino solo quiere construir sus edificios ficcionales mientras va contando la vida tal como es, o como la conciencia lo capta desde un impoluto principio mismo. No compete con la realidad porque es una realidad en sí misma que ha cruzado todos los límites posibles, confundiéndose, desdibujándose y volviendo a mostrarse:

Ser signo y no cosa significada, ser espacio diferenciado del pensamiento, ser juego o representación, ser ficción creíble, llegar a constituirse como realidad histórica no siéndolo, vivirse por el lector, realizarse en la palabra que construye mundo, ese es el ámbito que define la mirada cervantina, una poética de la ficción literaria. (Pozuelo, 2009, p. 812)

La novela *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, cuya primera parte fue publicada en 1605, y la segunda parte en 1615, demuestra la capacidad demoledora de la técnica literaria y la filosofía de la vida que ha recepcionado Cervantes a lo largo de su travesía existencial. Es en ese mundo que existe plenamente, donde los personajes remiten al autor mismo, donde las fechas y los espacios reconocen a los adversarios de su progenitor por encima de los mismos humanos de

carne y hueso, donde opera una fuerza que por sí misma es un personaje, un ente real, vivo y elocuente: la locura.

Esta facultad se concibe por un valor opuesto, que es la ausencia de la razón. En un mundo tan racional como lo es el Renacimiento, símbolo de equilibrio y armonía entre sus partes, la locura operará a su voluntad los mecanismos por los que debe andar el hombre. No dice que están trazados, sino que los define en su propia aventura del caminar. La locura, o sea, la sinrazón, vive como una estrella fuera y dentro del propio Alonso Quijano (mírese nada más que el mundo a pesar de que no deja de ser el real, se distorsiona de igual manera por quien lo está observando como por quien lo está imaginando): permite diseñar la vida de otra manera, ofrece la posibilidad de contradecir el timonel de los pensamientos y los sueños, logra rechazar en una operación infinita la misma realidad ficcionalizada:

La locura sirve, pues, a Cervantes para potenciar direcciones radicales del espíritu. En vez de ser pretexto para gracias groseras, como parecen pretender algunos, está llamada a establecer contacto con lo sobrehumano desde las raíces mismas de la más desamparada humanidad.

De un salto, la demencia va a arrebatarse al protagonista desde la vulgaridad de aquella «condición y ejercicio» del hidalgo lugareño hasta el plano heroico. (Ayala, 2005, p. 45)

La imaginación se sirve de la ficción para representarse. Entonces el arte de soñar se aleja de la realidad, porque es una extravagancia del pensamiento. La literatura despierta de su letargo al hombre y lo conmina a emprender la aventura del vivir. La literatura es un medio de conocimiento, aunque no sea sistematizada (como le agradaba señalar a Julián Marías). Es una manifestación del espíritu que intenta demostrar que hay algo más allá de lo propiamente comprobable. Es una averiguación por las vías de la subjetividad del *scopus* de la existencia humana:

Los románticos (yo incluido) ven a don Quijote como un héroe, no como un loco; se niegan a leer el libro principalmente como una sátira; y encuentran en el libro una actitud metafísica o visionaria en relación con el afán aventurero de don Quijote que hace que la influencia cervantina en *Moby Dick* parezca completamente natural. (Bloom, 2002, p. 141)

Tanto don Quijote como Sancho Panza representan esa búsqueda sin tregua de los pilares de la vida: reflexionan, cuentan, pelean, cobran valor; se desaniman, aman, mienten, confiesan, todo esto de forma dialéctica y complementaria. Los dos personajes antinómicos se sintetizan en la unidad de su mundo, que es la realidad de la locura, de la realidad real, de la realidad ficcional.

El sentido cómico y extravagante de la obra se abre entonces a otros nuevos, tanto o más atractivos, y aparece como lo que es, una gran metáfora sobre el vivir humano, sobre la existencia, sobre la amistad y la solidaridad, sobre los débiles y los fuertes, los pobres y los ricos, lo humano y lo divino. O sea, la manifestación de su gran sentido trágico y, sobre todo, poético. (Trapiello, 2005, p. 258)

La obra de Cervantes, el *Quijote*, es una novela de finales del Renacimiento³, pero con una fuerte carga aún por lo racionalizador, y a la vez una obra barroca que exagera y desmide sus estructuras y sus elementos; sin embargo, el personaje don Quijote, o sea, don Alonso Quijano, es un ser romántico, apasionado, soñador y melancólico que moldea los pensamientos de sus congéneres a su libre voluntad, como lo son en un momento Dulcinea del Toboso y el chispeante Sancho

3 Nótese acerca de esta disyuntiva lo siguiente: «Antes del Romanticismo, el Renacimiento fue el gran momento histórico de eclosión del Individuo. Por eso sería bueno retener, de manera permanente al juzgar la formación del pensamiento moderno, la idea de que el Romanticismo fue en gran parte renacentista, y el Renacimiento, en enorme medida, romántico» (Argullol, 1990, p. 17).

Panza. Este personaje, el Caballero de la Triste Figura, es conducido por la luz de sus ideales y la estrella de su locura.

4. ENTRE LA MELANCOLÍA Y LA VOLUNTAD DE LOS SUEÑOS

En la historia de la literatura las casualidades no existen. La vida no se condiciona por el azar, pero sí más bien por el común sentimiento de humanidad que ha existido en todo el planeta y en todos los tiempos. La guerra, como la literatura, enfrenta al hombre contra el hombre, lo muestra como en un espejo, lleno de laceraciones y temores, de triunfos y derrotas. El Inca Garcilaso de la Vega y Miguel de Cervantes Saavedra ven en su escritura su testimonio particular y universal. Ambos encontraron en las letras aquel depósito purificador de sus actos, de sus proyectos y sus frustraciones (reflejo en parte de aquellos conflictos culturales de la Reforma y la Contrarreforma). La literatura en ellos no será más que empíreos campos verdes de descanso tras haber servido letalmente al hombre en su banal ambición de poder (para ambos don Juan de Austria fue un garante de respeto y honor bélico). Sus mundos literarios no son el mundo donde vivieron los autores, acorralados por la mediocridad y el sufrimiento que significaban el adiós, la muerte y el silencio, sino donde vive el espíritu de la imaginación acodada con los revividos deseos: tanto los *Comentarios reales* como el *Quijote* son dialécticamente realidades autónomas. En sus obras **la vida es ella en sí misma y por sí misma**, donde la historia no está terminada, sino que se inventa en un presente inacabable, porque no es la lógica de la vida real la que los gobierna, sino los anhelos del alma de sus habitantes: sus mentiras y sus verdades.

¿Qué nos dejan el final de las historias de los *Comentarios reales* y el *Quijote*? Un sentimiento de melancolía⁴. Porque quien haya atravesado ardientemente sus páginas no negará que solo al ir acabando el relato de distintas situaciones, la verdad se haga obvia: no se sabe si el esfuerzo realizado justifique la vida misma. Pero esto no

4 Después de leer y meditar el *Quijote*, esta es la conclusión a la que llega el escritor y filósofo español José Ortega y Gasset (1970, p. 165).

es contraproducente contra el mismo discurso literario de ambos y por lo tanto hiriente de sus propias convicciones, sino positivo, ya que le insufla ese espíritu de pervivencia crítica y hermenéutica al no negarle un final entumecido, apagado y derrotado, que son el conformismo y la resignación.

En el *Quijote* de Cervantes la vida no ha terminado a pesar de que es derrotado y muerto don Alonso Quijano; la imaginación continúa su curso y revive a la propia existencia humana en la persona de Sancho Panza. El *Quijote*, al igual que distintas religiones alrededor de todo el mundo, habla de un sacrificio ofrecido para alcanzar la revelación de los misterios de la vida. Las aventuras de un caballero maltrecho nos comunican una redención que no se acaba, sino que nos exhorta a continuar creyendo sempiternamente.

Asimismo, en los *Comentarios reales*, de Garcilaso de la Vega, la nostalgia del poeta se viste del más honorable hábito para decir no que el mundo de sus antepasados indígenas ha muerto, sino que se halla vivo en el mismo recuerdo que lo inspira, porque la imaginación será siempre eterna. Ese es su verdadero legado.

REFERENCIAS

- Amorós, A. (2001). *Introducción a la literatura*. Castalia.
- Anderson Imbert, E. (1995). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica.
- Argullol, R. (1990). *El héroe y el único. El espíritu trágico del Romanticismo*. Destino.
- Auerbach, E. (2011). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica.
- Ayala, F. (2005). Nota sobre la creación del «Quijote». En Molina, A., *Antología de ensayos sobre el Quijote* (pp. 41-54). Frente de Afirmación Hispanista.

- Bloom, H. (2002). *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*. Anagrama.
- García-Bedoya, C. (2003). Discurso criollo y discurso andino en la literatura peruana colonial. En J. Higgins (ed.), *Heterogeneidad y literatura en el Perú* (pp. 179-198). Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- Lienhard, M. (2003). *La voz y su huella*. Ediciones Casa Juan Pablos.
- Mariátegui, J. C. (1995). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Amauta.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *El Espectador*. Alianza Editorial.
- Osterc, L. (2005). El «Quijote», la Iglesia y la Inquisición. En Molina, A., *Antología de ensayos sobre El Quijote* (pp. 55-116). Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
- Padura, L. (2016, 20 de marzo). «¡Soy el único garcilasista en Cuba!» (Entrevista a cargo de Enrique Planas). *El Comercio*, 14.
- Porrás Barrenechea, R. (2009). *Estudios garcilasistas*. Fondo Editorial de la UIGV.
- Pozuelo, J. M. (2009). La ficción. En M. Á. Garrido (dir.), *El lenguaje literario. Vocabulario crítico* (pp. 797-928). Síntesis.
- Sánchez, L. A. (1981). *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú*. Juan Mejía Baca.
- Tamayo, A. (1976). *Literatura peruana*. Librería Studium Editores.
- Trapiello, A. (2005). *Las vidas de Miguel de Cervantes: una biografía distinta*. Fondo de Cultura Económica.